

de la organización socioeconómica de incas y aztecas.

Ezequiel Cornejo Cabrera

P. H. Chombart de Lauwe, M. J. Chombart de Lauwe, S. Mollo, M. Huguet, R. Kaes, J. Larrue, C. Thomas: *Images de la Culture. L'Evolution de la Vie Sociale*. Les Editions Ouvrières. Paris, 1966, pp. 182.

Aunque el grupo de "Etnología Social" de Francia es conocido en el medio sociológico, conviene mencionar su obra conjunta y enmarcar en ella esta investigación.

Uno de sus focos de interés ha sido París. Sobre él publicó ensayos el autor principal y, con otros, estudió ahí el espacio urbano en tanto Cornaau media la atracción de la metrópoli francesa sobre sus suburbios. Y, más ampliamente, se interesó por lo urbano en *Des Hommes, at des Villes*. La familia y la mujer constituyen otro foco: lo relacionan con la vivienda, la cotidiana vida obrera, el niño inadaptado.

Forma de aproximación preferida por el equipo lo ha sido el estudio de "Las imágenes" A nosotros nos gusta hablar —en esto— de los tipos (reales), de los estereotipos (deformados) de los arquetipos (buscados). Ellos han develado las imágenes que de la mujer se forman miembros de varios medios y naciones y ahora buscan las que se tienen de la cultura.

En este libro, la investigación previa del equipo deja su aporte; la ajena, también. Pero hay aportaciones nuevas, producto de una técnica muy usada por este equipo (la encuesta). Éstas, aunque son preliminares, tienen enorme interés.

Hoy estamos en un gozne sociocultural. El concepto de cultura como coto cerrado, periclitada. Y algunos temen a las masas hambrientas de cultura pues piensan que acabarán por destruirla. Y está

bien que una concepción caduque si se evita que la nueva dañe a los mismos que la juzgarían benéfica. Hay que prevenir sus riesgos; prevenir sus perjuicios, canalizar sus aguas torrenciales y volverlas benéficas para el cultivo humano.

Sabemos lo que era la cultura para los pocos, y cómo la siguen defendiendo como privilegio; pero no sabemos lo que es para los muchos que a ella aspiran. Y necesitamos saber qué ven en ella para desengañarles sobre lo que la cultura no podrá darles; para confirmarles en su esperanza de lo que sí puede y debe proporcionarles.

La cultura deja de ser privilegio de clase, tiende a convertirse en bien de consumo. Pero debe señalarse que tendrá que serlo de índole distinta a los otros bienes económicos. Y aunque los autores abran interrogantes donde nosotros hacemos afirmaciones es evidente que tras de terminar las expectativas de los muchos incultos, los pocos cultos de hoy deberán buscar cómo satisfacerlas sin demeritar la cultura.

Hay, en efecto, "un gran movimiento en pro de la cultura" pero no es menos cierto que se producen grandes equívocos (que hay que desvanecer) sobre qué es la cultura. Porque, por debajo de la forma lingüística común ("cultura") se esconden significados diferentes para los diferentes grupos sociales. Así, para los actuales detentadores de cultura, productores de la misma, el problema es el de encontrar consumidores para sus productos: es problema de mercado y propaganda; tienen que hacer *acceptables* sus producciones; se preocupan poco por descubrir las apetencias del consumidor para crear lo que le satisfaga.

En México, esto tiene una manifestación sociolingüística. Las autoridades educativas —letradas, productoras de obra literaria, bien intencionadas, pero mal motivadas inconscientemente— enfatizan el aspecto "alfabetización" como primordial. Ni se plantean ni resuelven antes el problema de si al obrero y al campesino les

interesa más leer o aprender cómo trabajar y vivir mejor así la enseñanza no les llegue por vía escrita, sino oral (por el radio, por la televisión).

Claro que, en última instancia, el productor ha de buscar quien consuma su producto; pero el consumidor puede rechazar ciertos productos y buscar quien produzca aquellos que apetece. Y, finalmente, si no lo encuentra, él mismo se convertirá en productor.

A esta luz es claro que lo que se necesita es un conocimiento y una decisión política sobre esas apetencias y sobre la posibilidad y deseabilidad de satisfacerlas, a fin de que en vez de ahondar el abismo entre unos y otros, se les acerque y se vivifiquen sus interrelaciones.

Los investigadores, a partir de sus encuestas previas, habían vislumbrado ya que las "imágenes" de la cultura (las necesidades, las aspiraciones patentes y latentes) varían entre los diversos "dominios" sociales; que las del campesino no son idénticas a las del obrero, a las del intelectual, y que también hay diferencias cuasidiacrónicas o sociológicamente diacrónicas (el cuasi se explica por la "contemporaneidad" de lo no coetáneo), ya que las de una generación difieren de las de la siguiente.

Esto explica los capítulos consagrados a los comportamientos, a las representaciones culturales, a la licencia, a la participación sociocultural entre los obreros; a los contrastes entre los medios obreros y los rurales respecto de la cultura; a la vida cultural de las mujeres en las urbes; a la formación escolar del niño y sus necesidades culturales en la ciudad contemporánea.

Algunos de estos capítulos entroncan con la experiencia laboral previa de los investigadores, otros proceden de estudios convergentes de Raes y Larrue, realizados en Aix-en-Provence y en Tolosa.

Lo nuevo —los primeros elementos de esa investigación en Francia— procede de 200 entrevistas; de una encuesta no sujeta a cuestionario, generosamente abierta.

De esa encuesta y de ciertas discusiones de grupo surgen las concepciones de "cultura" de los obreros y campesinos franceses. En las páginas últimas del libro aparecen, fieles a su propia expresión y resumidas por los autores.

Los obreros piensan que en su medio hay aspiraciones que se deberían estudiar y comprender porque los intelectuales les presentan la cultura como algo extraño e inaccesible; que debería ser algo que ellos mismos elaboraran; que no se les impusiera desde fuera sino manara de sus propias formas de vivir y actuar.

Pero aunque surja de ese medio, conciben la cultura como instrumento para explicar hechos, ubicarse en el mundo, abrirse a otros hombres (comprenderlos y hacerse comprender de ellos, dialogar, comunicarse), para salir de sí. Y la ven ligada a la acción, al propio desarrollo, al incremento de la conciencia de sí mismo, del reconocimiento de la propia responsabilidad.

Piensen que conviene preservar ciertas manifestaciones y valores de los grupos particulares, eliminar otros (malas condiciones de vida, prejuicios), pero ser labor de todos, que destruya los compartimientos sociales que hoy existen por deficiencias escolares y porque los selectos, la *élite* —que muchos repudian— no se ponen al servicio de todos.

Los rurales franceses (de Auvernia y el Aveyron) consideran a la cultura como medio de abrirse al mundo y a otros hombres, a la comprensión, el diálogo, la comunicación; como producto y sucedáneo de la experiencia de la ocupación y los contactos humanos que propicia: ellos también favorecen la conservación de ciertos valores específicos, de ciertos modos de expresión, pero aspiran a unirse a un tronco común de cultura mediante una instrucción como la de las urbes. Sufren por no disponer de las ventajas urbanas y piden equipos socio-culturales modestos y animadores culturales.

La presentación que hacen los editores es correcta: el libro ofrece sólo unas pri-

meras aproximaciones y unos primeros resultados, pero "tiene el mérito de ser un esfuerzo hacia la objetividad, frente a un problema que sigue siendo lugar privilegiado de polémicas ligadas con los perjuicios y con las normas diferentes de los principales grupos de expresión".

Oscar Uribe Villegas

Jeannette Abouhamad H. y Graziano Gasparini: *Amuay, 64*. Su Gente. Su Vivienda. Facultad de Arquitectura. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1966. pp. 158.

Jeannette Abouhamad es una socióloga ampliamente informada, nutrida de lecturas, ávida de nuevos conocimientos, que realiza labor continua de investigación, de enseñanza, de intercambio intelectual. Raro caso en Latinoamérica, une a su fina sensibilidad una gran capacidad para la visión lúcida y la descripción nítida de duras realidades sociales. A partir de ésta y de sus interpretaciones, hace diagnósticos y sugiere soluciones, fiel a la prescripción de Aimé Cesaire, de no considerar la vida un espectáculo; de diferenciar bien entre "el oso que baila y el hombre que grita". Tal nos la presenta, en este punto de una carrera que hemos seguido por sus informes de investigación, este "Amuay 64", en el que colabora con el Arquitecto Gasparini, estudioso de la vivienda de la zona, autor —además— de las fotografías (muy bellas) que exornan una publicación en que (dejando atrás uno o dos errores de composición) los negros y blancos tipográficos logran feliz balance.

Venezuela es país de múltiples recursos, pero subdesarrollado; una sociedad en transición, llena de asincronías culturales, sociales, de motivación. Los cambios son, en ella, diversos por el sentido y la velocidad. La productividad difiere de uno a otro sector en relaciones extremas, hasta de 75: 1 (petróleo y minería) que se

reflejan en diferencias de remuneración. Y coexisten instituciones de distintas fases: mentalidades que van de lo arcaico a lo contemporáneo, consuntivo, de las masas.

El Estado Falcón es, ahí, escenario concreto en que una simple economía recolectora (pesca rudimentaria) contrasta con la industrial, capitalista, de un grupo extranjero con alta posición, prerrogativas y subcultura propia.

Paraguaná ofrece, agudizado, el contraste: a diez kilómetros de la refinería de Amuay ("el otro Amuay que nos robó hasta el nombre") el pueblo de Amuay, sediento de agua, de vida, que si busca cambio —Abouhamad dirá en qué modo y con qué límite— no es por inquietud anímica superior, sino por necesidad imperiosa, desesperada, de sobrevivir.

Los investigadores venezolanos eligieron Amuay como ejemplo de tradicionalismo en el que se acentúa el contraste externo de formas de vida respecto de lugares vecinos, accesibles, y la asincronía institucional interna.

Jeannette Abouhamad dice cómo estudió Amuay: usó técnicas combinadas (de la sociología y la antropología), trató de compensar extensión y profundidad (con mensuramientos y estudios de casos). Recurrió a informantes calificados; hizo entrevistas individuales y de grupo y procuró ofrecer los resultados como totalidades y no como fragmentos (según lo impondría un propósito didáctico y no de investigación).

En Amuay hay pocos habitantes; la natalidad es alta y la mortalidad tiende a disminuir. De unas 200 casas y algunos edificios públicos, sólo unos 30, en el centro, proceden de la colonia. La disposición actual —según dice Gasparini— sigue, consensualmente, un alineamiento. Pero no se puede hablar de calles, y las casas se separan unas de otras para abrir ventanas, generalmente sin vidrios. Los techos, antes de paja, hoy de asbesto (por más fresco), son —en mayor número de casos— "de tor-